

LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO CUESTIONES HISTORIOGRÁFICAS

Mirella Romero Recio (Universidad Carlos III de Madrid)

Mucho se ha hablado de la caída del Imperio romano, tanto, que se hace necesario hacer un alto en el camino para reflexionar sobre lo que se dijo, lo que se ha venido sosteniendo y lo que se está afirmando en la actualidad sobre un tema que nunca ha dejado de suscitar interés. Desde que se realizaran las primeras interpretaciones de los autores coetáneos a los hechos hasta los estudios de los historiadores contemporáneos se han mantenido tópicos y se han apuntado nuevas teorías, basadas en un mejor conocimiento de la tardoantigüedad gracias a las aportaciones ofrecidas por la arqueología, la numismática y las disciplinas científicas auxiliares, tratando de arrojar luz sobre unos acontecimientos históricos que cambiaron el diseño político, económico e ideológico mantenido durante siglos. El objetivo de esta publicación, que recoge algunos artículos presentados en un Congreso celebrado en el Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja” de la Universidad Carlos III de Madrid (España) en octubre del año 2011 así como otras aportaciones realizadas por conocidos especialistas, es abordar la revisión de las tendencias historiográficas que subyacen en las interpretaciones que han explicado el fenómeno y el período tradicionalmente denominado como fin del Imperio romano. Una reflexión metodológica resultaba del todo oportuna dado el especial interés que todavía despierta el problema y teniendo en cuenta que aunque las monografías dedicadas a este período histórico son cada vez más frecuentes, no suelen existir revisiones globales que analicen los parámetros historiográficos presentes en su elaboración. Analizar los marcos interpretativos que se han ofrecido anteriormente para explicar el fenómeno creemos que enriquecerá nuestra propia percepción de este convulso período histórico.

Los autores contemporáneos a los hechos ya observaron los cambios que se venían produciendo como catastróficos, a pesar de que se fueron produciendo a lo largo de un período de tiempo muy dilatado. La pérdida de territorios, la debilidad imperial, las transformaciones ideológicas anunciaban la llegada de un modelo diferente que asustaba en unos casos y era bienvenido en otros. Todos se lamentaban de los cambios producidos en las estructuras del Estado y de la debilidad del Imperio frente a los bárbaros aunque lo hicieran desde perspectivas diametralmente opuestas. Como muestran los autores de esta monografía, en el siglo IV Amiano Marcelino esperaba un emperador providencial que contribuyera a la regeneración de un Estado capaz de hacer frente a la amenaza de los bárbaros (P. Barceló) y Libanio veía los cambios promovidos por el gobierno de Diocleciano, el desgaste de las ciudades, de la clase curial, de la retórica y de los templos como la antesala de la caída del Imperio (E. Muñiz). Pero esta última visión no fue ni

mucho menos la más difundida (S. Castellanos). Ya en el siglo V, Rutilio Namaciano confiaba en la recuperación de Roma y sus tradiciones frente, eso sí, al pesimismo de los eclesiásticos hispanos que recordaban la libertad, la paz y la seguridad de la que habían disfrutado cuando su diócesis dependía de Roma y no de los germanos (J. Vilella). Por unas circunstancias o por otras, tanto paganos como cristianos añoraron el gobierno imperial de Roma y deploraron los cambios producidos, si bien confiaron en la perduración del Imperio (H. Zurutuza) y no consideraron que el año 476 marcara la desaparición del mismo (M. Clauss). El cristianismo continuaba su imparable expansión y lo hacía desde Roma, sosteniendo las estructuras imperiales. Precisamente la persistencia de los valores propugnados por el imperio y más concretamente de los elementos paganos, serían utilizados como argumento entre los protagonistas de la Reforma protestante, los cuales, con el fin de romper con la Iglesia de Roma, apelaban a la pureza de un cristianismo primitivo no contaminado por las formas paganas que inundaban el catolicismo (C. Martínez Maza).

El triunfo del cristianismo ha permanecido asociado a las interpretaciones del fin del Imperio de manera ineludible. Frente a las explicaciones tradicionales que ensalzaban la expansión de la nueva fe como un triunfo de la verdad que habría de traer la justicia a los hombres, en *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* Edward Gibbon defendía que la aparición del cristianismo contribuyó a un declive del Imperio que el autor percibía como inevitable y fruto de la degradación moral derivada del triunfo del nuevo credo. La teoría – que rescataba una vieja disputa se remonta a la época de Septimio Severo y que fue olvidada durante los siglos de hegemonía cristiana (J. Alvar-J. M. Blázquez) – agitaba hasta tal punto los cimientos de una cultura occidental asentada sobre raíces cristianas y todavía católicas en gran parte de Europa que necesariamente fue rechazada por buena parte de la historiografía tradicional, sobre todo la más cercana a la Iglesia católica, apostólica y romana, como la española (M. Romero Recio). Pero los destructores no pudieron hacer frente de manera contundente a las teorías expuestas por Gibbon, pues supusieron un revulsivo y prendieron con fuerza entre los historiadores desde que se publicara el primer volumen de la obra en el año 1776. El gran especialista en historia de Roma del siglo XIX, Theodor Mommsen, rechazó hasta tal punto el cristianismo que llegó a calificarlo en sus escritos científicos como “religión plebeya” o “secta judía acabada” aunque dedicó una parte de su investigación a cuestiones relacionadas con la época tardorromana y el cristianismo primitivo (S. Panzram).

El debate académico sobre el fin del imperio ha tenido desde Gibbon una gran intensidad y así queda reflejado en algunas contribuciones de este volumen. En Alemania, por ejemplo, se han realizado distintas lecturas historiográficas sobre el papel del cristianismo en la caída del Imperio, una de ellas en relación con la expiación que impuso S. Ambrosio a Teodosio en Milán en el año 390 (M. Sandberg). El propio término “caída” que empleamos en el título de esta monografía viene a reflejar una situación trágica y catastrófica, de decadencia y crisis de la Antigüedad, asociada tradicionalmente a las filtraciones de los pueblos bárbaros – juzgados por buena parte de la historiografía como “invasores”–, que se ha ido

matizando en los estudios de los historiadores a lo largo del tiempo con vocablos, como “fin”, “decadencia”, “transformación” o “transición”, que suavizan la manera en la que el historiador y el lector se enfrentan a la descripción y análisis histórico de este período y que aboga por una continuidad de las estructuras romanas más allá de su desaparición política en Occidente (S. Castellanos y M.V. Escribano). Nosotros hemos optado por mantener en el título la palabra “caída” precisamente porque el elenco de trabajos recogidos trata de revisar las tradiciones historiográficas en torno a esa visión catastrofista y su contrapartida en las investigaciones más recientes. Éstas han dedicado gran atención a la reflexión sobre el proceso de transformación del mundo romano otorgándole una cronología más dilatada y una entidad propia dentro de la periodización de la Historia Antigua, conocida como Antigüedad Tardía (M.V. Escribano). El interés que ha suscitado el estudio de la sociedad, la economía, la política, la religión o la cultura de este período ha sido enorme despertando al mismo tiempo el interés de historiadores de la Antigüedad y medievalistas que enriquecen desde sus áreas de conocimiento el debate sobre las continuidades y las permanencias en una época de límites sinuosos.

Queremos finalizar esta introducción agradeciendo al Profesor Jaime Alvar el apoyo brindado por la institución que dirige, el Instituto de Historiografía “Julio Caro Baroja”, a la realización del Congreso donde se gestaron algunos de los artículos aquí publicados; si bien la versión definitiva de esta publicación ha tomado forma en el seno del proyecto de investigación Almahisto (HAR 2011-27540) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad español. Asimismo, estamos en deuda con el Profesor Pedro Barceló por haber apoyado la publicación de esta monografía en la prestigiosa serie *Potsdamer Altertumswissenschaftliche Beiträge*.

AMMIANUS MARCELLINUS EIN HISTORIKER IN ZEITEN DER KRISE

Pedro Barceló (Universität Potsdam)

*Gunther Gottlieb
octogenario*

I. THUKYDIDES UND AMMIAN: ZWEI BRÜDER IM GEISTE

Zweifellos war die Krise, die Griechenland im 5. Jahrhundert v. Chr. erschütterte, der Auslöser, der Thukydides dazu verleitete, das Schwert gegen die Feder einzutauschen und kritisch auf die großen politischen Herausforderungen zu reagieren, die sich vor seinen Augen vollzogen. Ohne etwas aufzubauschen oder wegzulassen, bietet uns der Chronist des Peloponnesischen Krieges eine analytische Sicht seiner eigenen Zeit, indem er neben der Beschreibung und Deutung der dramatischen Ereignisse, die seine Umwelt entscheidend veränderten, deren Ursachen zu ergründen versucht und dabei die Frage stellt, warum die Herrschaft der allmächtig scheinenden Polis der Athener zerbrach. Gleichzeitig beschäftigt ihn der Umgang mit der Macht, ihr Gebrauch und Missbrauch oder anders ausgedrückt das Handeln des Staates und seiner maßgeblichen Repräsentanten.¹

Wenn Thukydides über die Kausalitäten der von ihm geschilderten historischen Rahmenbedingungen nachdenkt, rekonstruiert er nicht nur die unmittelbare Vergangenheit, sondern setzt sich ebenfalls mit den politischen Werturteilen auseinander, die seiner Gegenwart ihren Stempel aufdrückten, in der sich – angetrieben von einem endlosen Krieg und einem nicht weniger problematischen Prozess der politischen und sozialen Desintegration – der Abstieg der Poliswelt allmählich abzeichnete.

Um die Hegemonie im Delisch-Attischen Bund zu konturieren, bot Thukydides eine überraschende Wortschöpfung auf, die die Machtfülle seiner Heimatstadt durch ein diskreditierendes Adjektiv unterstrich: *Polis tyrannos*. Der Begriff bündelte nicht nur die Vorstellung von einer repressiven Regierung. Im Gegensatz zu den machiavellistischen Äußerungen, die unser Autor Perikles und Kleon in

1 Vgl. H. LEPPIN: Thukydides und die Verfassung der Polis. Ein Beitrag zur politischen Ideengeschichte des 5. Jahrhunderts v. Chr., Berlin, 1999; H. SONNABEND: Thukydides, Darmstadt, 2004; P. BARCELÓ / D. HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, Historia del pensamiento político griego: teoría y praxis. De Homero a Aristoteles, Madrid, 2014, 248–252.

den Mund legte, wurde diese Formel im vollen Bewusstsein ihrer extremen Zweideutigkeit ersonnen.²

Die paradoxe Fragilität einer „ferngesteuerten“ Volksversammlung, die ihrerseits das gewaltigste Herrschaftsgefüge, das Hellas bisher gesehen hatte, lenkte, lief für Thukydides stets Gefahr, der Verblendung der Macht zu verfallen. *Arché* und *hybris* als Elemente der Machtausübung werden in diesem Kontext als komplementäre Seiten derselben Medaille begriffen.³ Aber im Gegensatz zu Herodot sah Thukydides, dass die Strahlkraft der *hybris* gegenüber Individuen und Kollektiven keineswegs allein verantwortlich für die Auswüchse von Machtmissbrauch war. Vielmehr erkannte er in den systemimmanenten Folgen jeder Herrschaftsausübung die Ursachen für die Überschreitung jener ethischen und politischen Normen, welche die Stabilität eines Gemeinwesens verbürgten. Daher glaubte er, dass die Niederlage Athens nicht nur der Verführung der Macht geschuldet war, sondern vielmehr das Ergebnis eines unausweichlichen Dilemmas war, die unkontrollierbare Dynamik zu beherrschen, die ihre Handhabung zwangsläufig hervorrief.⁴

Abgesehen von der zeitlichen Distanz zwischen beiden Autoren und der spezifischen Ausrichtung ihrer jeweiligen Epochen, kann einiges, was auf Thukydides zutrifft, ebenfalls auf Ammianus Marcellinus, den Chronisten des Untergangs des römischen Kaiserreichs, übertragen werden, einen vom hellenischen Geist inspirierten Intellektuellen aus Antiochia, der von der weltgeschichtlichen Mission Roms zutiefst erfüllt war und dem wir das bemerkenswerteste historische Werk des ausgehenden Altertums verdanken.⁵ Wie Thukydides den durch Herodot vorgezeichneten Weg weiterverfolgte, reihte sich Ammian in die Nachfolge des Tacitus ein, indem er eine historiographische Auffassung von der Bindekraft der Vergangenheit für die Bewältigung der Gegenwart entwarf. Diese hing, laut Ammian, von der ethischen Bewertung der Protagonisten der Ereignisse ab, die seiner *Res Gestae* eine unverwechselbare Prägung verleihen.⁶

Ammian verfasste sein Werk in Zeiten eines tiefgreifenden politischen Wandels, der sowohl den Alltag großer Teile der Bevölkerung als auch die Architektur des Staates betraf. Äußere Gefahren wie etwa die ständige Verletzung der Reichsgrenzen durch die Nachbarvölker oder die Umkehrung der religiösen Werte im Zuge der Durchsetzung des Christentums in Staat und Gesellschaft veränderten die Struktur des römischen Reiches grundlegend. Hinzu kam die Schwächung der kaiserlichen Macht, vor allem in den westlichen Provinzen, sowie eine zunehmende Verarmung zahlreicher Randregionen gepaart mit dem Verlust der Führungsrolle der traditionellen städtischen Eliten, zu denen der Historiker selbst ge-

2 Thuk. 2, 62; 3, 37 ff.

3 Thukydides scheut keinesfalls die dunklen Seiten der athenischen Demokratie. ohne mildern- de Umstände darzustellen. Weit davon entfernt sich hinter Rechtfertigungen zu verstecken, ohne zu beschönigen, distanziert er sich vom aggressiven Gesicht des athenischen Imperialismus und fordert einerseits zur Reflexion und andererseits zur Mäßigung auf.

4 P. BARCELÓ: Thukydides und die Tyrannis, in: *Historia* 39 (1990), 410–425.

5 J. MATTHEWS: *The Roman Empire of Ammianus*, Baltimore, 1989.

6 K. ROSEN (Hrsg.): *Ammianus Marcellinus*, Darmstadt, 1982, 105–130.

hörte. In ähnlicher Form wie das klassische Athen schien auch das römische Kaiserreich im Zeitalter Ammians von unzähligen Feinden und Bedrohungsszenarien umgeben: Innenpolitische Auseinandersetzungen beschleunigten den Zerfall der bisher bewährten sozialen Kohäsionsmechanismen, während beträchtliche Bevölkerungsschichten in zunehmendem Maße den erhofften Schutz der staatlichen Institutionen entbehren mussten und sich damit dem Gemeinwesen immer mehr entfremdeten.⁷

II. INNERER WANDEL

Aus der Sicht Ammians kreiste das Regelwerk der maßgeblichen historischen Prozesse, die seine Zeit prägten, stets um die Modalitäten der Machtausübung und den Umgang mit den Ressourcen des Staates, was sich vornehmlich in den Handlungen seiner wichtigsten Vertreter manifestierte. In diesem Kontext kam dem Verhalten der Kaiser, der Würdenträger des Hofes, der militärischen Befehlshaber, der Senatoren und der Spitzen der Verwaltung eine Schlüsselrolle zu. Eine starke Dosis von Individualisierung gehörte ohnehin zum Repertoire der antiken Gewährsleute, die historische Stoffe dramaturgisch aufgeladen in ästhetisch ansprechender Form darboten, und darin bildete Ammian keine Ausnahme. Es waren seiner Meinung nach bestimmte Persönlichkeiten, die Geschichte gestalteten. Dabei entschied die Höhe ihres politischen und gesellschaftlichen Ranges über die Erfolge beziehungsweise die verhängnisvollen Folgen ihrer tragischen Irrtümer oder Fehlentscheidungen.⁸

Eine solche Situation erkannte Ammian im System der Rechtsprechung, das sich aus seiner Sicht in einer Phase tiefen Niedergangs befand. Die diagnostizierte Verschlechterung der Justizpraxis scheint an die Verminderung der kaiserlichen Macht gekoppelt, deren Ursachen nicht sofort bemerkbar wurden, sondern vielmehr Teil eines Zersetzungsprozesses darstellen, der sich nach und nach offenbaren sollte. Wie aus einer Reihe aussagekräftiger Notizen hervorgeht,⁹ ereigneten sich solche Erosionsbewegungen keineswegs abrupt und mit Trompetenklang, sondern sie lassen sich vielmehr als Umriss eines vielschichtigen Prozesses entschlüsseln, der in der constantinischen Epoche begann und bis weit in die zweite Hälfte des 5. Jahrhunderts fort dauern sollte. Weil die *potestas imperatoria* darauf beruhte, dass die richterlichen, militärischen und priesterlichen Vollmachten der Herrscher vom jeweiligen Amtsinhaber aktualisiert werden mussten, führte jede Form von Lähmung in diesen äußerst sensiblen Bereichen nicht nur zu dessen

7 A. DEMANDT: Die Spätantike. Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian 284–565 n. Chr., München, 1989 (Handbuch der Altertumswissenschaften III, 6), 212–245.

8 P. BARCELÓ: Constantius II. und seine Zeit. Die Anfänge des Staatskirchentums, Stuttgart, 2004, 46–50; W. ENBLIN: Der Kaiser in der Spätantike, in: HZ 177 (1954), 449–468.

9 Es muss betont werden, dass es sich bei den nachstehenden Beispielen lediglich um eine Auswahl des Materials handelt, die zwar repräsentativ ist, jedoch in keiner Weise erschöpfend ausfällt. Bisher sind die verfügbaren Quellen in ihrer Gesamtheit noch keiner systematischen Analyse unterzogen worden.

fortschreitender Entmachtung, sondern gleichzeitig zu einer Beeinträchtigung der eingespielten Mechanismen der Politikgestaltung. Am deutlichsten lässt sich das Ausmaß des Wandels an seinen Bruchstellen beobachten.

Zunächst einmal wurden die richterlichen Kompetenzen des Kaisers, genauer seine direkte Beteiligung an der Rechtspflege, beschnitten. Die Frage stellte sich vor dem Hintergrund der im Gefolge der tetrarchischen Reformen eingeführten administrativen Neuerungen, von denen die Spitzen der Reichsverwaltung erfasst wurden. Hierzu gehörte die Umwidmung des Aufgabenbereiches des *praefectus praetorio*, des nach dem Kaiser einflussreichsten Mannes im Staate.¹⁰ Dieser Entscheidungsträger, der bisher das Kommando über die Praetorianergarde versah und seine Machtstellung der Nähe zum Herrscher verdankte, verlor in constantinischer Zeit seine militärische Befehlsgewalt und verwandelte sich zum mächtigsten zivilen Amtsträger. Den Endpunkt dieser Umverteilung und Akkumulation von Befugnissen in den Händen der Leiter der regionalen Machtzentralen des Reiches markiert der Übergang der letztinstanzlichen Rechtsprechung, bisher ein Vorrecht des Imperators, auf seinen Stellvertreter. Gegen seine Urteile war nun keine Berufung mehr möglich.¹¹ Durch die Delegierung der richterlichen Kompetenzen schwächten die Kaiser des späten 4. Jahrhunderts ihre Position als Schlichtungsinstanz, indem sie sich entbehrlich machten. Ein wenig beachtetes Zeugnis, das die näheren Umstände dieses Transfers thematisiert, verdanken wir Ammian, der die Umschichtung der Regierungsaufgaben innerhalb der höchsten Machtzirkel des Reiches mit folgender Begründung kommentierte:

Die Kleinigkeiten privater Rechtsfälle stünden unter der Würde des Kaisers, und so kam dieser, wie er andeutete, zu der Ansicht, die persönliche Untersuchung von Rechtsfällen habe den Anfang damit gemacht, die Hoheit des Amtes zu erniedrigen. Darum hielt er sich nun völlig davon zurück. Allerdings öffnete er damit räuberischem Unwesen Tür und Tor. Es nahm durch die Schlechtigkeit der Richter und Rechtsanwälte, die gemeinsame Sache machten, von Tag zu Tag zu; denn sie verkauften die Rechtsfälle geringerer Leute an Truppenführer oder an die Mächtigen im Palast und erwarben sich so Schätze oder hervorragende Ämter.¹²

Der ammianische Kontext legt nahe, dass es der *praefectus praetorio* Modestus war, der Kaiser Valens davon abriet, zukünftig seiner gewohnten forensischen Tätigkeit nachzugehen, indem er darauf verwies, dass die meisten Gerichtsverfahren Trivialitäten behandelten, die geeignet waren, die Herrscherwürde des ersten

10 A. GUTSFELD: Der Praetorianerpräfekt und der kaiserliche Hof im 4. Jahrhundert n. Chr., in: A. Winterling (Hrsg.), *Comitatus. Beiträge zur Erforschung des spätantiken Kaiserhofes*, Berlin, 1998, 75–102; C. KELLY: *Empire Building*, in: G. Bowersock, P. Brown, O. Grabar (Hrsg.), *Interpreting Late Antiquity. Essays on the Postclassical World*, Cambridge, Mass. 2001, 170–195.

11 CTh. 11, 30, 16.

12 Amm. 30, 4, 2: „Quod infra imperiale columnen causarum essent minutiae privatarum, ille ad humilitandam celsitudinem potestatis negotiorum examina spectanda instituisse arbitratus, ut monebat, abstinuit penitus laxavitque rapinarum fores, quae roborabantur in dies iudicum advocatorumque pravitae sententiarum paria, qui teniorum negotia militaris rei rectoribus vel intra palatium validis venditantes aut opes aut honores quaesivere praeclaros.“

Mannes im Staate zu beschädigen. Aufschlussreich daran ist, dass die Abdrängung des Kaisers aus der Mitte der Rechtspflege kritisch gesehen wird. Sie habe, so Ammian, keine Besserung der Lage, sondern vielmehr das Gegenteil bewirkt, letztlich sogar die Zunahme der Korruption gefördert. Auf die Stellung des Kaisers bezogen, bedeutete eine derartige Kompetenzverschiebung, dass in dem Maße, wie sich zivile Befugnisse in den Händen seines Stellvertreters häuften, die Autorität des Staatsoberhauptes durch den Rekurs auf andere Quellen des kaiserlichen Machtreservoirs kompensiert werden musste.

Gerade die militärische Leitungskompetenz war im spätrömischen Reich, das aufgrund der zahlreichen Usurpationen und Kriege gegen Grenznachbarn sich einer ständigen Infragestellung gegenüber sah, in besonderer Weise gefordert. Schon längst beruhte die kaiserliche Herrschaft nicht mehr auf dem Konsens der senatorischen Führungsschichten, sondern wurzelte vielmehr in der Akzeptanz des jeweiligen Thronkandidaten durch eine zunehmend politisierte Armee.¹³ Der Kaiser als oberster Feldherr verdankte seine Herrscherstellung der Aktualisierung seines militärischen Oberkommandos. Den Imperatoren des 4. Jahrhunderts waren diese Zusammenhänge durchaus bewusst. Immer wieder traten sie inmitten ihrer Soldaten auf, vollzogen Ernennungen und Beförderungen bewährter Offiziere, leiteten persönlich militärische Operationen oder feierten Triumphe über innere und äußere Feinde.¹⁴ Die Biographien Constantins, Constantius' II., Julians, Valentinians und Theodosius' I. sind beredte Beispiele dafür. Diejenigen, die in Konflikt mit den militärischen Eliten des Reiches gerieten, wie etwa Constans, bezahlten die Vernachlässigung ihrer Imperatorenpflichten mit ihrem Leben. Dies galt auch für Julian und Valens, die für das Scheitern von Militäroperationen gegen auswärtige Völker verantwortlich waren.¹⁵

Mittels einer programmatischen Rede, die Ammian Kaiser Valentinian anlässlich der Proklamation seines Sohnes Gratian zum neuen Augustus des Westens 367 halten lässt, werden die diesbezüglichen Herrscheraufgaben umrissen. Darüber hinaus erhalten wir ein klares Zeugnis dafür, was vom ersten Mann im Staate im Hinblick auf die Gewährleistung der Sicherheit des Reiches erwartet wurde:

Du trägst nun, mein Gratian, das Kaisergewand, wie wir alle gehofft haben. Durch meine Entscheidung und die unserer Kameraden ist es dir unter günstigen Vorzeichen übertragen worden. Rüste dich nun in Anbetracht der Last dringender Umstände als Kollege deines Vaters und Onkels und bereite dich darauf vor, unerschrocken mit den Abteilungen der Fußsoldaten über das Eis der Donau und des Rheins zu gehen,

13 Zur Funktion der Armee in der späten Kaiserzeit vgl. G. ALFÖLDY: Das Heer in der Sozialstruktur des römischen Kaiserreiches, in: G. Alföldy, *Römische Heeresgeschichte. Beiträge 1962–1985*, Amsterdam, 1987, 26–42; A. DEMANDT: *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diokletian bis Justinian 284–565 n. Chr.*, München, 1989 (HdAW III 6), 255–272; Y. LEBOHEC: *L'armée romaine sous le Haute-Empire*, Paris, 1990.

14 M. WHITBY: *Emperors and Armies. AD 235–395*, in: S. Swain, M. Edwards (Hrsg.), *Approaching Late Antiquity. The Transformation from Early to Late Empire*, Oxford, 2004, 156–158.

15 *Aur. Vict. Caes.* 41, 23; *Eutr.* 10, 9, 3; A. CHAVOT: *Opinions romaines face aux barbares au IVe siècle ap. J.-C.*, Paris, 1998, 156 f.